

EL VALS

Dorothy Parker



Vaya, muchas gracias. Me encantaría.

No quiero bailar con él. No quiero bailar con nadie. Y aunque bailara, no sería con él. Estaría entre los últimos diez de la lista. Ya he visto su forma de bailar; se parece a la que se estila en la noche de San Walpurgis. Imagínate, no hace ni un cuarto de hora, estaba yo aquí sentada, sintiendo lástima por la pobre chica que bailaba con él. Y ahora yo voy a ser la pobre chica. Vaya, vaya. Qué pequeño es el mundo, ¿no?

Una joya es el mundo. Algo extraordinario. Sus acontecimientos son tan fantásticamente imprevisibles, ¿no? Aquí estaba yo, con mis cosas, sin hacerle ni pizca de daño a alma viviente alguna. Y entonces llega él a mi vida, todo sonrisas y modales de ciudad, para solicitarme el favor de una memorable mazurca. Vaya, si ni siquiera sabe cómo me llamo, y mucho menos lo que mi nombre significa. Significa Desesperación, Asombro, Futilidad, Degradación y Asesinato Premeditado, pero qué sabe él. Yo tampoco sé cómo se llama; no tengo la menor idea de cuál puede ser su nombre. Por la manera en que miran sus ojos, diría que Jukes. ¿Cómo está usted, señor Jukes? ¿Y cómo se encuentra su encantador hermanito, el de las dos cabezas?

Ay, ¿por qué tenía que acercarse a mí, con sus viles peticiones? ¿Por qué no puede dejar que haga mi vida? Pido tan poco, sólo que me dejen en paz en mi tranquilo rincón de la mesa, dedicada a mis reflexiones nocturnas acerca de todas mis penas. No, tiene que venir él, con sus reverencias y sus «¿Me concede usted esta pieza?». Y yo tuve que ir y decirle que me encantaría bailar con él. No logro comprender por qué no me caí muerta allí mismo. Sí, y caerme muerta habría sido como un día en el campo, comparado con tener que esforzarme durante toda una pieza con este muchacho. Pero ¿qué iba a hacer? Todos los

FIRST SERIES
DRAMATURGIC CHRONICLES

que estaban sentados a mi mesa se habían levantado para bailar, salvo él y yo. Ahí estaba yo, atrapada. Atrapada como una trampa en una trampa.

¿Qué puede una decir cuando un hombre le pide que baile con él? Ciertamente, no voy a bailar con usted, antes prefiero verle en el infierno. Vaya, gracias, sería un gran placer, pero es que estoy con dolores de parto. Claro que sí, bailemos, por favor, es tan agradable conocer a un hombre que no teme que le pegue el beriberi. No. No tenía más remedio que decir que me encantaría. Pues ya que estamos, será mejor que acabemos de una vez. Está bien, Bala de Cañón, lancémonos a la pista. Has ganado la apuesta: tú llevas.

Vaya, creo que es más bien un vals. ¿No? Podríamos escuchar la música un momento. ¿No? Ah, sí, es un vals. ¿Si me importa? Vaya, no, estoy entusiasmada. Me encantaría bailar este vals con usted.

Me encantaría bailar este vals con usted. Me encantaría bailar este vals con usted. Me encantaría que me arrancaran las amígdalas, me encantaría estar en un incendio en plena noche en alta mar. Bueno, ahora es demasiado tarde. Allá vamos. Oh. Oh, cielos. Oh, cielos, cielos, cielos. Oh, esto es mucho peor de lo que imaginé. Supongo que es una de las leyes seguras de la vida: todo es siempre mucho peor de lo que una se imaginaba. Si hubiera comprendido realmente lo que iba a ser esta pieza, me la habría reservado para estar sentada. Bueno, al final es posible que dé lo mismo. Si sigue así, dentro de un instante acabaremos los dos sentados en el suelo.

Me alegro mucho de haberle hecho notar que lo que están tocando es un vals. Dios sabe qué hubiera ocurrido si hubiera creído que era algo rápido; habríamos derribado los costados del edificio. ¿Por qué querrá siempre ponerse en un sitio donde no está? ¿Por qué no se quedará en un sitio lo suficiente como para aclimatarse? Las prisas, las prisas, las prisas constantes constituyen la maldición de la vida de los estadounidenses. Ese es el motivo por el cual estamos todos tan... ¡Ay! Por el amor de Dios, no me patees, idiota, que sólo me han contado hasta dos. Ay, mi espinilla. ¡La pobre espinilla que llevo conmigo desde que era una niña pequeñita!

Oh, no, qué va. Cielos, no. Pero si no me ha dolido. Yo tengo la culpa. De veras. Que sí, que la culpa la tengo yo. Mire que decir eso, qué amabilidad la suya. De verdad, que la culpa la tengo yo.

No sé qué es mejor: si matarlo en este mismo instante con mis propias manos, o esperar y dejar que se caiga por su propio peso. Quizá sea mejor no montar el número. Creo que voy a disimular y a esperar que el ritmo se apodere de él. No puede seguir así indefinidamente, sólo es de carne y hueso. Algún día tiene que morir, y morirá por lo que me hizo. No es que quiera ser de las hipersensibles, pero no irás a decirme que esa patada no fue premeditada. Freud dice que los accidentes no existen. No he llevado una vida de clausura, y he conocido parejas de baile que me han destrozado los zapatos y roto el vestido; pero cuando se trata de patear, soy Feminidad Ultrajada. Cuando me patees en la espinilla, sonrío.

FIRST SERIES
DRAMATURGIC CHRONICLES

Quizá no lo hizo con maldad. Quizá sólo sea su manera de expresar su buen humor. Supongo que debería alegrarme de que uno de los dos se esté divirtiendo. Supongo que debería considerarme afortunada si me devuelve a la mesa con vida. Quizá sea insidioso exigirle a un hombre prácticamente desconocido que deje tus espinillas tal como las encontró. Al fin y al cabo, el pobre muchacho está haciéndolo lo mejor que puede. Tal vez se crio en el campo, en plena colina, y nunca tuvo ocasión de aprender. Apuesto a que tuvieron que voltearlo de espaldas para ponerle zapatos.

Sí, es maravilloso, ¿no? Es sencillamente maravilloso. Es el más maravilloso de los valsés. ¿No? Oh, yo también lo encuentro maravilloso.

Vaya, vaya, me siento decididamente atraída hacia esta Triple Amenaza. Es mi héroe. Tiene el corazón de un león y los músculos de un búfalo. Míralo: nunca piensa en las consecuencias, nunca un solo temor, se lanza a todas las refriegas con ojos brillantes y mejillas ardientes. ¿Y podrá decirse que me he quedado atrás? No, mil veces no. ¿A mí qué me importa si tengo que pasarme los dos próximos años metida en un molde de escayola? ¡Ánimo, Butch, a pasarles por encima! ¿Quién quiere vivir para siempre?

Oh, cielos, cielos. Oh, se encuentra bien, gracias a Dios. Por un momento creí que iban a tener que sacarlo de la pista en andas. Ah, no soportaría que le ocurriese algo. Lo amo. Lo amo más que a nadie en el mundo. Fíjate cuánto espíritu le insufla a un vals monótono y trillado; qué incapaces se ven los demás bailarines a su lado. Él es la juventud, el vigor, la valentía, es la fuerza y la alegría y... ¡Ay! ¡Bájate de mi empuje, tosco palurdo! ¿Qué te has creído, que soy una pasarela de desembarco? ¡Ay!

No, claro que no me ha dolido. Vaya, ni un poquitín. De veras. Y la culpa la tengo yo. Verá, es que ese pasito que hace... bueno, es realmente precioso, pero al principio cuesta un poco seguirlo. Ah, ¿se lo ha inventado usted? ¿De veras? ¡Vaya, es usted sorprendente! Ah, creo que ya lo tengo. Oh, lo encuentro precioso. Cuando estaba usted bailando, observé cómo lo hacía. Es tremendamente efectivo cuando una lo mira.

Es tremendamente efectivo cuando una lo mira. Apuesto a que soy tremendamente efectiva cuando me miran. Tengo el pelo todo pegado a las mejillas, llevo la falda enrollada al cuerpo, y siento el sudor frío en la frente. Debo de tener todo el aspecto de algo salido de «La caída de la casa Usher». Este tipo de cosas le inflige unas pérdidas lamentables a una mujer de mi edad. Y él mismo se ha inventado el pasito, él con su degenerada astucia. Y al principio era un poco difícil de seguir, pero ahora creo que lo tengo. También tengo varias cosas más, incluyendo una espinilla fracturada y el corazón amargo. Odio a esta criatura a la que me encuentro encadenada. Lo odié en el mismo instante en que vi su cara sonriente y bestial. Y llevo atrapada en su pernicioso abrazo durante los treinta y cinco años que llevan tocando este vals. ¿Es que esa orquesta no va a dejar de tocar nunca? ¿O es que esta obscena parodia de baile continuará hasta que el infierno se apague?

FIRST SERIES
DRAMATURGIC CHRONICLES

Oh, van a tocar otro bis. Oh, qué bien. Oh, es maravilloso. ¿Cansada? Debo decir que no estoy cansada. Me gustaría seguir así para siempre.

Debo decir que no estoy cansada. Estoy muerta, eso es todo. Muerta, ¡y por qué causa! Y la música no va a dejar de sonar y vamos a seguir así, este Charlie Paso Ligero y yo, por toda la eternidad. Supongo que una vez transcurridos los primeros cien mil años ya no me importará. Supongo que en ese momento ya nada importará, ni el calor, ni el dolor, ni el corazón roto, ni el cansancio cruel y doloroso. Bueno. Seguro que tardará en llegarme.

Me pregunto por qué no le habré dicho que estaba cansada. Me pregunto por qué no le habré sugerido que volviésemos a la mesa. Pude haberle dicho que escucháramos la música. Sí, y si aceptaba, habría sido la primera vez que me presta atención en toda la velada. George Jean Nathan dijo que los bonitos ritmos del vals deberían escucharse en la inmovilidad y no ir acompañados de extraños giros del cuerpo humano. Creo que eso es lo que dijo. Creo que fue George Jean Nathan. De todos modos, fuera lo que fuese lo que dijera y fuera quien fuese quien lo dijo y sea lo que fuese que esté haciendo ahora, se encuentra mucho mejor que yo. Eso, seguro. Todo aquel que no esté bailando el vals con esta vaca de la señora O'Leary que tengo aquí, seguro que se está divirtiendo.

Sin embargo, si hubiéramos vuelto a la mesa, probablemente tendría que hablar con él. Míralo... ¡qué se le podría decir a una cosa así! ¿Has ido al circo este año, qué helado te gusta más, cómo se escribe «gato»? Supongo que aquí estoy mejor. Tan bien como si estuviera metida en una hormigonera en plena acción.

Ahora ya he dejado de sentir. El único modo de adivinar cuándo me pisa es por el ruido de huesos fracturados. Y ante mis ojos pasan todos los acontecimientos de mi vida. Recuerdo aquella vez que estuve en un huracán en las Antillas, y aquel día en que me partí la cabeza cuando chocó el taxi, y aquella noche en que la dama borracha le lanzó un cenicero de bronce a su gran amor y en vez de darle a él me dio a mí, y aquel verano en que el barco zozobró. Ah, qué tiempos tranquilos y sosegados los míos, hasta que fui a toparme con don Veloz. No sabía lo que eran los problemas hasta que me vi arrastrada a esta *danse macabre*. Creo que empiezo a divagar. Casi tengo la impresión de que la orquesta va a dejar de tocar. Imposible, claro; nunca, nunca sucederá. Sin embargo, en mis oídos hay un silencio como el sonido de voces angelicales...

Oh, han dejado de tocar, los muy perversos. Ya no tocarán más. ¡Qué rabia! Oh, ¿le parece que lo harían? ¿De veras le parece que seguirán si les da veinte dólares? Oh, sería maravilloso. Ah, y pídales que toquen la misma pieza. Sencillamente me encantaría seguir bailando este vals.

The New Yorker, 2 de septiembre de 1933